



ELEGIA

Ante el cadáver de Monseñor

Rafael María Carrssquila

ODA grandeza acaba, y pasa, y muere;
Tiempo es de que con cítara doliente
entonemos el triste *Miserere!*

Ya el preclaro varón rindió la frente
al golpe de la Parca; ya sus manos
no han de elevar el cáliz refulgente,

Y el que fue gloria y prez de los humanos,
en el recinto de la fosa oscura,
pasto va a ser de míseros gusanos!

Nada en la tierra deleznable dura:
virtud, saber, honores, poderío,
todo lo traga al fin la sepultura,

y es la prole de Adán ingente río
que desbordado baja de la cumbre
y a hundirse rueda al piélago sombrío.

Ved lo que resta ya del que fue lumbre
de virtud y saber, cuya elocuencia
electrizó la absorta muchedumbre;

Mirad aquél que supo de la ciencia
las cumbres escalar, y en el arcano
sumergir su fecunda inteligencia,

para apreciar, con genio soberano,
desde el oscuro polen de las flores
hasta el fulgor del pensamiento humano.

Si santo, su plegaria tuvo ardores
de aquel fuego purísimo y divino
que consume las almas superiores;

Si sabio, pudo en ímpetu aquilino
las cimas dominar de aquel tesoro
que legó al mundo el *Querubín de Aquino*,

Y el pie calzar con el coturno de oro
que la planta inmortal aprisionara
de Agustín, de Basilio y de Isidoro;

Si sacerdote, derritióse el ara
al ardor de las preces reverentes
que ante los pies de su Señor alzara,

«Y, más que el de oro y piedras refulgentes,
fue puro para la Hostia sacrosanta
el trono de sus manos inocentes» (1).

Si tribuno, al pasar por su garganta,
hecho verbo encendido el pensamiento
tuvo inflexiones de grandeza tánta,

que al fecundo calor de aquel acento
la verdad cobró savia palpitante
y sabor de panal el sentimiento.

Si preceptor, el paso vacilante
guió del niño a través de «selva oscura»
como la sombra de Virgilio al Dante,

y el corazón alzándole a la altura,
«Allí—le dijo—está la gloria cierta,
la que por toda eternidad perdura».

(1) Belisario Peña—*Elegía al Canónigo Crespo Toral*.

Artista excelso, se acercó a la puerta
que guarda de las Musas el palacio
y la encontró de par en par abierta,

y, alto rival de Píndaro y Horacio,
el templo augusto visitó de Atenas
y los floridos cármenes del Lacio.

Ora en frases de luz y ritmo llenas,
en estancias de vida palpitantes
revivió de Anacreonte las escenas,

ya, en períodos rotundos y brillantes,
fue al dominar nuestro soberbio idloma
émulo de Granada y de Cervantes.

Voz de aquilón y arrullo de paloma
fue en la sagrada cátedra que ungía
de su excelsa piedad con el aroma,

y discernir el alma no podía
si era humano tan sólo aquel acento
o era verbo de Dios el que se oía!

Mas, detenga su vuelo el pensamiento,
sin pretender subir a las alturas
donde el santo varón tuvo su asiento,

y diga, nada más, de las dulzuras
de ese amoroso corazón, que era
arca viva de todas las ternuras:

¿Quién bajo el golpe de desgracia fiera
la frente doblégó, sin que su mano
un lenitivo a su dolor no diera?

El en cada mortal miró un hermano,
y suya fue toda desdicha ajena,
y suyo fue todo dolor humano!

El compartió el acíbar de mi pena,
y su porción cobró de mis dolores,
y en lágrimas bañó la faz serena,

cuando sobre el vergel de mis amores
sopló la tempestad arrebatando
las más galanas y queridas flores!

Y ya jamás aquel acento blando
al corazón dará dulce consuelo,
ni irá esa mano lágrimas secando!

Ya la muerte lo envuelve entre su hielo,
y abre sus fauces ávida la tierra
de devorar ese jirón de cielo!

El alma tiembla, el corazón se aterra:
la última gloria de la Patria mía
queda en la sepultura que hoy se cierra....
A llorar, si es que hay llanto todavía!

R. ESCOBAR ROA

Marzo 20 de 1930,

